

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 8 de junio de 2011

*Texto de referencia: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva»,
supl. de Huellas-Litterae Communionis, n. 6 (2011), pp. 12-26.*

* *Luntane, cchiù luntane*

* *Lela*

Gloria

Habíamos propuesto de nuevo como trabajo para hoy la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad.

Quería que me ayudaras, porque –vuelvo dos Escuelas atrás– es como si tuviera una piedra en el zapato que no consigo quitarme. Se trata de la última carta que leíste, en la que hay un momento en que, o ella no ha contado algo, o, si es como tú la has retomado al final, hay algo que no conozco todavía y que quiero conocer porque creo que conocerlo me puede ayudar a desbloquearme en muchas situaciones. He comentado con los amigos esta aclaración tuya, pero no nos hemos puesto de acuerdo. Si puedo, quiero leer un trozo de la carta. La carta habla de un malestar, de una fatiga frente a una serie de circunstancias, y en un momento determinado dice esto: «Entonces me acordé de la promesa que te hice: no diré nunca nada sin antes haberme visto en acción. Me estuve observando todo el día, intentando entender qué es lo que me movía, por qué lo hacía todo: la comida con una amiga, el estudio de una cierta manera... En cada acción había un denominador común: una búsqueda constante de algo que colmase mi nostalgia. Sólo tengo una certeza sobre mí y sobre mi vida: que mi corazón está lleno de nostalgia, está lleno de espera, de tensión, de la promesa de que la vida no está vacía, de que hay algo; si no, dejaría de buscar. Mi corazón busca, por lo tanto, afirma con certeza constante a Otro [éste es el punto]. De pronto, sin haberlo calculado, sin ninguna fórmula ni ningún razonamiento, volvió de nuevo ese Tú. Ha irrumpido de tal forma que me ha superado, me ha invadido, me ha implicado, me ha abrazado. Estábamos este Tú y yo, y nada más. Y volví a respirar. Una relación tan íntima y tan tierna que me deja sin palabras». Me ha impresionado porque, o ella no ha contado algunas cosas o, si es como ella dice, quiere decir que ella –aparentemente, al menos yo lo veo así– no ha necesitado nada fuera de ella misma, un hecho, algo que haya sucedido, ni algo que haya leído, ni ha necesitado hacer memoria de algo distinto. Porque yo, cuando me bloqueo, no tengo este recurso. Me sorprende que por dos veces tú dijeras que era un punto de no retorno. Me interesa este punto de no retorno, porque siempre he pensado que cuando uno se bloquea, hace memoria de un hecho o quiere que vuelva a suceder lo que ya ha sucedido, y por tanto se afana por descubrirlo, buscando en la realidad, lo busca esté donde esté. Pero a mí me cuesta entender la compañía tan íntima de este Tú, es como si apareciera de forma mágica. Tal vez haya tenido la misma experiencia inconscientemente, no sé, pero necesito un punto de no retorno porque sé que me puede acompañar siempre.

Éste es el núcleo de la primera lección, es la dificultad que encontramos en nosotros continuamente. Por eso no quiero responder a tu pregunta ahora, al comienzo de la Escuela de comunidad; quiero ver si hay alguien que tenga algo que decir a este respecto. Porque, ante la carta, él dice: es como si de repente apareciera un Tú –es lo que muchas veces nos sucede también a nosotros–, un Tú que uno se saca de la manga, casi como si se lo inventase. Entonces es como si nosotros nos convirtiésemos, en un

momento dado, en creadores en vez de testigos. Entonces, en los pasos que da la carta, ¿falta algo o no?

Dejad a un lado todas las intervenciones que habéis preparado. Vamos a tratar de responder a lo que ha surgido, porque aquí respondemos a lo que sucede ahora. ¡Ánimo!

Quería darte las gracias a ti, y al mismo tiempo al movimiento, porque cuando en los Ejercicios afrontarse el segundo punto, el “misterio eterno de nuestro ser”, me impresionó muchísimo. De hecho, me hizo mirar ese punto de conciencia que yo soy y que se desvela en la acción y en el impacto con la realidad, cuando vivo una nostalgia profunda de este Tú, de una forma que me cuesta bastante. Sin embargo, mientras otras veces lo he vivido reduciéndolo a un hecho intimista y psicológico...

¿Y por qué no es un hecho intimista y psicológico?

Yo sé que lo que tú has dicho ha generado una mayor certeza, la certeza del vínculo de relación con esta Presencia. Por ello, en esta certeza de un corazón que vibra por Él, he visto que el compromiso con las cosas se vuelve todavía más profundo, va más al fondo. Por ejemplo, en mí ha generado un gusto cultural mayor en el trabajo de investigación que estoy haciendo, en el que estoy atenta a ver todas las cosas que pueden confluir dentro de esta tensión mía en el trabajo.

Gracias.

Cuando leí aquella carta me surgió la misma pregunta: ¿pero cómo puedo fiarme de algo que sucede en mí? Y esto ponía de manifiesto una posición que también percibía en mí otras veces ante lo que tú decías.

Repite la pregunta que has hecho...

¿Cómo puedo fiarme de algo que sucede en mí? Me parece algo frágil. Entonces, he empezado a mirarme en estas semanas y me ha sucedido esto. He ido a repartir el manifiesto, invitando a algunos alumnos de secundaria. Después de dos días, uno de ellos, con el que tengo cierta dificultad, vino a verme, y yo, como habitualmente, intenté esquivarle. Pero él me dijo: «Al repartir el manifiesto, he vivido esta experiencia: por una parte me he sentido exaltado, contento, porque he descubierto que tenía algo que decir, pero al mismo tiempo he experimentado también una pequeñez». Cuando él dijo esta frase me detuve, le miré y le dije: «Es exactamente lo que he vivido yo». Me descubrí libre en la relación con él. En ese instante comprendí que algo estaba sucediendo en mí, es decir, esa experiencia de libertad me permitía comprender lo que tú habías dicho a través de la carta, porque Cristo es algo que estaba sucediendo como libertad en mí, y entonces puedo decir: yo puedo fiarme, porque hay Otro que habita en mi vida.

Pero en su carta, ella no menciona esto.

No, estoy diciendo...

No creas que puedes arreglártelas así.

No, no.

No añadáis lo que se os ocurre, responded a esto.

Yo estoy hablando de la libertad.

Luego llegaremos también a donde tú quieres.

Sí, sí, pero digo: con el tiempo yo he descubierto esto, por una libertad que sucedía en mí, que no era generada por mí. Yo hago experiencia de lo que ella llama “Tú” con respecto a algo que sucede en mí como algo misterioso en lo que descubro, en lo que me descubro...

¿Dónde hace ella experiencia de esto?

Ah, ¿ella?

Sí, en lo que dice ella.

Que ella no podía agotar esta... Esa nostalgia que ella descubría, ese deseo que tenía en todo lo que hacía, era algo distinto de ella misma.

¿Por qué?

Porque ella no podía colmar ese deseo, se movía para buscar una respuesta.

¿Estáis de acuerdo? Gracias.

Veo que la cola se ha aligerado bastante. Como decía un profesor mío, los buenos toreros se hacen con buenos toros (pero veo que aquí falta experiencia taurina...). Agradezco que la primera intervención haya planteado esta cuestión, porque habla de una dificultad real que tenemos y que hace que, aunque leamos el capítulo quinto de *El sentido religioso*, es decir, la columna vertebral de la primera lección del sábado por la mañana, sigamos teniendo dificultad en comprender una carta como la que hemos citado. Pero todo lo que dice Giussani en el capítulo, ¡lo dice a partir de la tristeza, de la soledad, de la espera, de la nostalgia! ¿Y qué implica todo esto para él? Como dice en la conclusión de forma clara, el hecho de que existan todos estos factores, el hecho de que exista la pregunta es el signo más evidente de que existe la respuesta: «La afirmación de que existe la respuesta, como algo que está implicado en el hecho mismo de la pregunta» (*El sentido religioso*, p. 87). Para nosotros este pasaje es casi incomprensible. ¿Por qué? ¿En qué se ve? Porque una vez descrita la nostalgia, la espera, la tensión, la promesa, es como si, cuando uno dice «Tú», lo sacara como quien saca un conejo del sombrero, como algo mágico. Es decir, no vemos la relación entre todos estos hechos que no podemos eliminar de la vida y la afirmación del “Tú”. Y esto lleva a que muchas veces pensemos que este “Tú” es afirmado porque lo decidimos nosotros, y no porque brote de las entrañas de la experiencia real que hemos hecho; y por eso nos parece que lo inventamos nosotros. ¿Por qué debo decir “Tú”? ¿Por qué estoy seguro al decir “Tú”? ¿Por qué estoy seguro de que existe este “Tú”? Como no hemos resuelto el problema a este nivel, esto nos hace decir, como hemos repetido tantas veces en estos años: «Pero, ¿por qué tengo que decir “Cristo” ante los hechos que han sucedido? ¿Por qué debo decir...?». Es el mismo problema, aplicado a la fe. ¿Qué sucede, amigos? ¿Cuál es la diferencia de actitud entre Giussani o esta carta y nosotros? Que nosotros damos el deseo por descontado, damos por descontado que existe la nostalgia, damos por descontado que experimentamos la soledad. ¿Qué quiere decir dar por descontado? Que sentir la soledad y la tristeza no implica nada más; en cambio, si leéis todo lo que dice Giussani en este capítulo quinto, cada vez que habla de esto implica otra cosa: no puede hablar de la tristeza sin reconocer que es el deseo de un bien ausente; no puede hablar de la soledad sin que esta soledad, cuando uno la mira a la cara, sea la ocasión de redescubrir la compañía original; no puede hablar de la nostalgia porque no existiría la nostalgia sin un “Tú”. Por eso, cuando una persona escribe una carta como la que hemos leído de nuevo hoy, nos parece que le falta un trozo. Por eso me había detenido en la cuestión de la nostalgia, que es donde lo podemos contemplar más claramente. ¿Por qué habla Lagerkvist de nostalgia (citado por Giussani al final del capítulo)? ¿Por qué uno, cuando mira dentro de sí el fenómeno de la nostalgia, no puede dejar de implicar al “tú” del que tiene nostalgia? Porque el hecho de que exista la nostalgia es el signo más evidente, la prueba más clara de que no me invento un “tú”, porque nadie que tenga nostalgia puede inventarse ese “tú”. ¡Quien no tiene ese “tú” no tiene nostalgia! Que nosotros nos demos cuenta de la nostalgia, es la prueba más evidente de que existe un “tú”, no porque yo lo decida, no porque yo lo afirme, no porque lo genere yo o lo cree yo –añadid todos los verbos que queráis–, ¡sino porque existe! ¡Porque existe! No es

algo intimista o psicológico, porque para afirmar el fenómeno de la nostalgia es necesario que haya algo fuera de mí que sea el objeto de mi nostalgia, y hace falta algo en mí como estructura que no puedo explicar sin este “Tú” del que tengo nostalgia. Y aquí tocamos con nuestras propias manos nuestro racionalismo, es decir, un uso de la razón del que Giussani intenta ayudarnos a salir constantemente a través de las citas de la experiencia humana de los hombres “más humanos”, desde Dostoievski o Leopardi hasta Pavese. ¿Por qué? Porque uno no puede añadir sus fantasías al punto culminante de la experiencia humana; sólo puede darse cuenta de lo que está implicado en el dinamismo del propio “yo”. Este dinamismo es lo que damos por descontado, esta dinámica del “yo”. Y si no existe esta compañía original en el “yo”, podemos estar rodeados de mucha gente y sentirnos solos, porque la compañía sólo puede ser este “Tú”. Es ahí, en el momento de la soledad (dice don Gius), donde uno descubre su original compañía. Y si no nos detenemos en este punto, seguiremos usando la razón de forma racionalista, es decir, como medida. Y luego, en un momento determinado, afirmamos sin motivo adecuado el “Tú”, pero no estamos seguros. ¿En qué se ve esto? En que es una suposición, y no una consecuencia. Y mañana sucederá lo mismo con Cristo, porque lo que nos deja constantemente faltos de certeza es este uso de la razón. En este sentido, tiene una importancia decisiva el recorrido que don Giussani nos invita a hacer, porque es la lucha más feroz contra esta reducción de la razón a medida, que nos lleva a afirmar siempre a este “Tú” como algo añadido –como me decís siempre–, algo que parece que no está dentro de la experiencia misma. En cambio, él dice tranquilamente que por el hecho de que existe la pregunta, existe la respuesta. Esta carta pone de manifiesto nuestra dificultad: porque nosotros no tenemos el valor de decirle a Giussani que le falta algo, pero la misma objeción que podéis poner a la amiga de la carta o a mí se la podéis poner directamente a Giussani, ¡la misma! Aquí se puede ver claramente cómo podemos repetir durante años el capítulo quinto de *El sentido religioso* y no movernos ni un milímetro de nuestra posición. Leemos, pero lo que leemos no incide en nosotros. ¿Comprendéis el porqué de la lucha constante del Papa por ampliar la razón? No es un problema de Dios, no es un problema del “Tú”, es de nuevo un problema del “yo”, de la capacidad del “yo” de afirmar el “Tú”. Por eso la Iglesia ha defendido siempre, en medio de este racionalismo extendido, desde el Concilio Vaticano I, la posibilidad de la razón de afirmar el “Tú”, de afirmar el Misterio. Si esto no es verdad, no es que no se sostenga en pie este capítulo, sino todo el Curso básico. Si yo existo, ¿qué es lo más evidente? Que existe un “Tú”. Pero no se trata de un problema psicológico o intimista, porque yo estoy delante de la realidad y debo dar una razón adecuada, en cada instante que vivo, de por qué existo. Nosotros damos esto por descontado, ¡pero es la cosa menos obvia que hay! Y como lo damos por descontado, no nos damos cuenta de que el hecho de no ser algo obvio implica que existe Uno que me lo da ahora: soy Tú que me haces, ahora. No porque yo lo piense, no porque yo lo sienta, no porque me lo imagine y me lo crea: ¡sino porque existo! No es un problema psicológico, ni de proyección a lo Feuerbach, es un problema implicado en el hecho mismo de que yo existo. Chicos –y no tan “chicos”–, se trata de algo decisivo, porque todos nuestros problemas, nuestros miedos y nuestras incertidumbres tienen su origen aquí, porque de este modo no podemos adherirnos a nada. Y no es así porque yo lo diga, es así y ya está. No es un problema de números, ni de consenso. ¡No! No, aunque yo fuese el único que lo sostuviera, que me diera cuenta, y todos vosotros estuviéseis distraídos, sería igualmente verdad que yo ahora mismo no me estoy haciendo a mí mismo. Si no llegamos a esto, a esta certeza en el uso de la razón, es decir, a una modalidad de vivir el “yo” con toda su naturaleza de “yo”, siempre tendremos la impresión de que afirmar el “Tú” es como un salto en el vacío (que es la

imagen que muchos tienen de la fe). Por eso, os pido que vayáis al fondo de este punto, porque se percibe en las cartas que mandáis: «A pesar de todo lo que he vivido en los Ejercicios y en Roma, a pesar de que en estos últimos meses y en estos últimos años me he visto arrollada por testigos, por hechos que me han hecho estar verdaderamente más contenta en la vida cotidiana, a pesar de la avalancha de amigos inesperados que han llegado, de mi marido, de mis tres hijos, de mi trabajo, a pesar de todo esto, desde que volví de Roma una gran tristeza atenaza mi corazón. Por eso la pasada Escuela de comunidad parecía completamente dirigida a mí, empezando por el canto. Nada, pero nada, aparte de algunos breves momentos en los que trato de no pensar, elimina esta tristeza. A veces me he preguntado incluso delante de ti: pero, ¿de qué estamos hablando [estupendo, por fin nos preguntamos de qué estamos hablando]? Y sin embargo, sé bien de qué estamos hablando, o mejor de Quién, pero es como si me diese cuenta de que Cristo existe, me quiere, Lo he visto, me ha abrazado, pero en el fondo yo fuera como el joven rico, y me marchó triste. Quería contarte que el viernes pasado empezó a abrirse una grieta leyendo el capítulo quinto de *El sentido religioso*; empecé a entender por lo menos que no estaba sola. Las preguntas sobre la vida, sobre mi vida (¿por qué he nacido? ¿Por qué existo ahora? ¿De qué está hecha la realidad, las montañas, el cielo, mis amigos, mis hijos, yo misma?), que están tan bien descritas ahí, son las mías. Pero esto quiere decir que el encuentro con Cristo hace explotar el sentido religioso [si esto sucede mirando la tristeza, imaginad lo que sucede en el encuentro con Cristo, que despierta mucho más la pregunta, porque cuanto mayor es la pregunta, cuanto más intensa es la pregunta, cuanto más te aferra por entero, cuanto más difícil es dar una explicación, tanto más evidente resulta que hay algo distinto; el encuentro con Cristo hace más evidente lo que dice el capítulo quinto]. Siempre he pensado [éste es nuestro problema] que al encontrar la respuesta me quedaría definitivamente tranquila, en cambio no se cierra nada, no se cierra la herida que tengo dentro. Pero, ¿qué me sucede? ¿He vuelto al punto de partida? ¿He dado un paso atrás? Todo me parece tan poco satisfactorio, que mi corazón explota por la exigencia de significado que tengo». Pero esta exigencia de significado que explota dentro de ella, ¿de qué es signo? Esta intensidad en la vida, esta nostalgia que no tenía antes –y que me surge cuando me encuentro con alguien–, y que es infinitamente más grande que cuando estaba dormido, ¿es acaso signo de que he vuelto atrás, o de que cuanto más aparece esa Persona tanto más evidente se hace hasta qué punto ha despertado toda mi persona? Ésta es la confirmación de que hay algo real y presente que me despierta constantemente. Ante esto, la carta dice: «Me vuelve siempre a la cabeza una frase que has dicho muchas veces: “Es un problema de conocimiento”. Es un problema de conocimiento, me digo. Por la noche salí sola en coche para dar una vuelta y poder llorar en paz. Al llegar al final de la curva (vivo en una colina), apareció ante mí un espectáculo precioso. Paré el coche y allí, delante de esa puesta de sol, no pude evitar pedir al Misterio que respondiese. Allí ya no podía objetar nada [y no porque no advirtiera la desproporción]. Allí sentí toda la desproporción entre Él y yo. Cayó toda la pretensión, sólo quedó la petición». Dice otra persona: «Ayer escuché la Escuela de comunidad del miércoles pasado. Tú leías algunas cartas. Percibía que los protagonistas contaban un recorrido humano y hablaban del descubrimiento cierto y experimentable de la presencia de Cristo. No se trataba de unos cabezas locas, sino de personas que viven dramáticamente, no sin fatiga, con una humanidad ante la que sentí envidia en un primer momento. En mi vida yo he recibido el regalo de haberme encontrado con Cristo, porque he conocido esa alegría que ayer se describía, pero luego es como si Cristo se hubiese esfumado, como tal vez es justo que suceda, y me ha quedado un grandísimo deseo de Él». ¿Veis cómo aparecen unidas estas dos cosas? Parece que Cristo se ha esfumado, y al mismo

tiempo permanece un grandísimo deseo de Él. Pero este deseo de Él, ¿no es acaso el testimonio más evidente de que no se ha esfumado? ¿La nostalgia surge porque se ha esfumado o porque existe? Don Giussani lo dice de forma inequívoca en la página 86 de *El sentido religioso* (ya lo habíamos citado en los Ejercicios): «Por eso, antes que la soledad está la compañía que abraza mi soledad, de manera que ésta ya no es una verdadera soledad, sino un grito que recuerda la compañía escondida». Y como no entendemos esto de verdad, entonces llegamos a decir simultáneamente que tenemos un grandísimo deseo de Él y que Él se ha esfumado. Pero, ¿qué dice Giussani en todo el capítulo? Precisamente esto: que no se ha esfumado, que es el signo más evidente de que existe. ¿Se lo está inventando? ¿Acaso es también Giussani un visionario? ¿Todos aquellos que él cita son visionarios? ¿Somos nosotros los únicos realistas? ¿O acaso son ellos los que son hombres de verdad, y nosotros estamos producidos por el poder? Cada uno puede decidir, pero esto quiere decir que hay todavía mucho camino por hacer. Menos mal que la carta continúa diciendo: «Al escuchar la carta que leías y la envidia que me producía, he descubierto en mí un deseo como nunca. Me daba cuenta de que esa compañía que espero estaba sucediendo [pero estaba sucediendo no sólo por las cartas, las cartas hacían presente lo que estaba sucediendo en su deseo, pero él ahí no lo reconoce], y por eso comprendí lo que decíamos después. Después de algunos momentos me encontré otra vez haciéndome propósitos [¿lo veis?]. Decía: por algo así debo dar todo. Sin embargo, prevalecía en el fondo una tristeza porque yo, si lo pienso bien, nunca me he echado atrás de nada y, a pesar de ese Cristo al que deseo, nunca Lo he podido poseer como amigo. Me saltó entonces una percepción dulce de impotencia porque todo lo que deseo no está en mi mano, y al Amado no lo poseo yo. En medio de esta debilidad, me sorprendí repitiendo: “Cristo, ven Tú”. Yo nunca he estado muy acostumbrado a la oración [porque uno está acostumbrado a la oración sólo cuando nace de las entrañas de su persona, sin embargo para nosotros es con frecuencia algo piadoso, devoto], especialmente la que está hecha de palabras repetitivas que la Iglesia sugiere. En cambio, en estos días percibo la oración [mirad lo que descubrimos cuando uno no se salta nada: entonces las palabras adquieren de nuevo un significado desde el interior de la experiencia] como lo más inteligente que puedo hacer [no algo para piadosos y devotos, sino para uno que se vuelve consciente de lo que es, de lo que es la realidad; es el más inteligente, no el más bobo], lo más constructivo, y nunca me cansa. Si esto se llama “vida nueva”, ahora sé de qué se trata: ya no es una expresión verbal, sino una experiencia. Ahora entiendo qué quiere decir pedir a Cristo: “Enséñanos a rezar”, porque Él me ha guiado no con una disquisición, sino a través de la urgencia de una experiencia [que es el final de la lección: a ti, Cristo, se dirige todo mi deseo]; y comprendo también las palabras del Papa en la audiencia del pasado 11 de mayo: “En la dinámica de esta relación con quien da sentido a la existencia, con Dios, la oración tiene una de sus típicas expresiones en el gesto de ponerse de rodillas”. Puedo arrodillarme espontáneamente declarando mi límite y por tanto mi necesidad de Otro. Este capítulo está todavía por descubrir».

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles **22 de junio** a las 21.30. Retomaremos la segunda lección. Esto no quiere decir olvidar la primera, porque todavía queda mucho que aprender.

Hemos preparado un manifiesto sobre las recientes elecciones, firmado por Comunión y Liberación, que leo a continuación.

Dispuestos a dar razón de nuestra esperanza

Como sucede con cualquier otra circunstancia de la vida, las elecciones administrativas nos han obligado a cada uno a tomar posición y a asumir nuestra responsabilidad. En esta ocasión ha sido especialmente difícil ir más allá de las imágenes y lugares comunes alimentados por el mundo político y la opinión dominante. Desde el primer momento dijimos: somos cristianos, por tanto, más allá de cualquier cálculo electoral y antes de saber cuál será el resultado final, queremos verificar si la fe tiene algo que decir incluso en esta ocasión –en otras palabras, si tiene incidencia histórica– o si debe renunciar a jugar este partido y resignarse al papel de “cortesana” de los que conquisten el poder o “consoladora” de los derrotados.

Muchos han aceptado este desafío y se han lanzado a verificarlo concretamente, saliendo al encuentro de la gente en los mercados, en las puertas de las iglesias, en las comunidades de vecinos y en los lugares de estudio y de trabajo. ¿Y qué es lo que han visto?

Un deseo de cambio confuso pero muy extendido, y también mucho escepticismo –no sólo respecto de la política–. A veces, una agresividad manifiesta y excesiva. Y, sobre todo, un mar de necesidades y de soledad. Allí donde ha sido posible horadar el muro de los prejuicios y la hostilidad, ¡cuánta humanidad herida y puesta a prueba por la vida ha salido a la luz!, ¡cuánta gente que no esperaba otra cosa que alguien dispuesto a hablar con ella!

Así, estas elecciones se han convertido en la ocasión para escuchar, para darnos cuenta de necesidades y dramas inimaginables, tal vez para tender una mano y ofrecer una ayuda. En ciertos casos ha bastado con intercambiar los teléfonos para reavivar el deseo y la esperanza.

¿Qué ha hecho posible todo esto? No ha sido sin duda la astucia ni la dialéctica política. Hace falta mucho más para romper la costra con la que muchos se cubren para defenderse de una realidad que no les satisface. Ahora bien, frente a una necesidad tan profunda puede volver a nacer la tentación de la utopía: el sueño de que la política –de cualquier color y tendencia– pueda ofrecer una solución mágica que elimine el dolor, el mal y la injusticia, que libere al hombre y lo salve. Sabemos bien, sin embargo, cuánto desilusiona depositar la esperanza en algo inconsistente como las utopías, que la historia desmiente puntualmente. Por eso, nos hemos recordado: «No nos esperemos un milagro, sino un camino». Por ello, hemos compartido con todos la única cosa real que tenemos: una experiencia de novedad humana que es capaz de darnos plenitud y positividad en cualquier circunstancia en que nos encontremos.

Después de estas elecciones, cobran gran actualidad las palabras que don Giussani dirigió a un joven que conoció en la Universidad Católica de Milán a finales de los sesenta, que consideraba que la revolución era el único modo de incidir en la historia:

«Las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre. La fuerza que construye la historia es un hombre que ha puesto su morada entre nosotros, Jesucristo. Caer en la cuenta de ello impide nuestra distracción, reconocerlo introduce en nuestra vida un acento de felicidad, aunque sea tímido y acompañado por una reticencia inevitable. Al ir profundizando en estas cosas uno empieza a levantarse por la mañana y a sentir que su cuerpo tiene más consistencia, a mirarse en el espejo y percibir que su rostro tiene más consistencia, a sentir que su “yo” tiene más consistencia y su camino entre la gente también, comprende que no depende de las miradas de los demás, sino que es libre, no depende de las reacciones de los demás, sino que es libre, no es víctima de ninguna lógica de poder, sino libre».

Las elecciones nos han provocado a tomar una mayor conciencia de cuáles son «las fuerzas que mueven la historia» y a ser menos ingenuos respecto del poder salvífico de

la política. Sólo la fe hace más humana la vida ahora: pone en marcha una vibración ante nuestra necesidad y la de los demás, despierta una pasión por el destino de cada hombre que nos sale al encuentro, hasta abrir una posibilidad de diálogo con personas indiferentes, decepcionadas o enfadadas.

¿Y ahora? No deseamos otra cosa, para nosotros y para todos, que la libertad para construir y compartir nuestra experiencia con cualquiera, empezando por atender a quienes hemos conocido en estos meses y a sus necesidades. ¿Será capaz la política – los que han ganado, pero también los que han perdido– de reconocer esta novedad de vida presente y defenderla como un bien para todos?

Cuando nacimos, sólo le pedimos una cosa a los que entonces estaban en el poder: «Dejadnos desnudos, pero no nos quitéis la libertad de educar». Hoy, como entonces, Comunción y Liberación existe sólo para esto. ¿Pedimos demasiado?

Comprender esto es la única posibilidad de que lo que hemos vivido nos permita dar un paso de conciencia porque, como siempre nos ha dicho Giussani, «no existe verdadera experiencia si no nos hace crecer en la conciencia de lo que hemos vivido». Por eso, el juicio contenido en el manifiesto es una ocasión para no perder la experiencia de todo lo que nos ha sucedido en este período, de todo lo que hemos visto suceder. Es importante ante todo para nosotros, para que tomemos mayor conciencia de nuestra experiencia y del origen de nuestra incidencia histórica, y para ofrecer a las personas que hemos conocido durante la campaña electoral la posibilidad de continuar una relación, un diálogo, y de ofrecer una ayuda. Muchos me habéis hablado de personas que os han buscado después de las elecciones: debemos retomar el diálogo que hemos empezado, porque la partida no se ha terminado. Para muchos acaba de empezar. Por eso es una ocasión para continuar un diálogo.

Proponemos algunos libros para el verano.

El primero es el libro del Papa *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. El hecho de haber elegido un fragmento para el manifiesto de Pascua os ha permitido ya saborear la importancia del libro. Por eso, no debemos dejar pasar un libro como este para profundizar en nuestra familiaridad con Cristo, en el mayor conocimiento de Él.

Para ayudarnos en este aspecto, en el número de *Huellas* de junio se adjuntará un cuadernillo con el texto de la intervención de Ignacio Carbajosa en la presentación del libro del Papa en Madrid. Podrá ser útil también con vistas a las presentaciones públicas que los Centros culturales realizarán en distintas ciudades.

El segundo libro es *Ciò che abbiamo di più caro*, de don Giussani, que reúne los *equipos* del CLU de los años 1988 y 1989. Como ya he señalado, es providencial ver cómo don Giussani, a través de estos textos, nos acompaña en el camino que estamos viviendo ahora.

El tercer libro es *Brand* de Ibsen, que es el drama de un pastor protestante que ha sacrificado su propia vida para conseguir el ideal ético, la perfección moral a través de la voluntad humana. Es muy interesante leerlo a la luz del capítulo del que hemos hablado hoy, porque Brand es un ejemplo de lo que pensamos muchas veces: que podemos conseguirlo con nuestras fuerzas. Y se trata de un problema de conocimiento: como no hemos comprendido la naturaleza del “yo”, seguimos poniendo nuestra esperanza en lo que conseguimos hacer. En el libro podréis ver qué quiere decir esto y qué tipo de desesperación produce. Don Giussani comentaba: «La imagen más incisiva de esta desesperación basada en la propia impotencia ética se encuentra en la última escena de *Brand*, de Ibsen, cuando el protagonista, que ha buscado la coherencia toda su

vida, frente a la muerte, que el tronar del alud le preanuncia, grita: “Respóndeme, Dios, en esta hora en que la muerte me atropella: ¿puede toda la voluntad de un hombre obtener un solo hilo de salvación?”».

Por último, la novela *El amo del mundo*, de Robert Hugh Benson, en la que se ve cómo el poder tiende a hacernos perder la conciencia de nosotros mismos.

Veni Sancte Spiritus